

LOS SENTIMIENTOS COMO FUENTE DEL *ETHOS* DE LOS ANIMALES HUMANOS Y NO HUMANOS: UNA PERSPECTIVA DE IGUALDAD A PARTIR DEL EMPIRISMO Y EL UTILITARISMO

Rubén Mendoza Valdés

PRESENTACIÓN

El tema de los sentimientos como origen del *Ethos* o modo de ser de lo humano, ha sido opacado por la preeminencia de la razón, en el campo de la ética clásica, según la cual es ésta quien lo determina. Sin embargo, es necesario pensar en el sentido que esto tiene para entender la experiencia de la vida en relación con la convivencia humana. De esa forma, al retomar el problema es posible recuperar no sólo el horizonte en pos de la humanidad sino de otros seres no humanos, en condiciones semejantes, como es el caso de los animales no humanos.

El problema planteado en este capítulo parte de la cuestión: ¿Es posible una perspectiva de igualdad ética en la relación entre los seres humanos y los animales? La tesis apunta a considerar que los sentimientos, como origen de todo *Ethos*, son lo propio de los seres sintientes, como animales, y que por lo tanto, éstos tienen un modo de ser compartido con los humanos.

Los argumentos que desarrollan esta afirmación se dividen en cuatro: en primer lugar se hace un análisis crítico del pensamiento cartesiano, con quien el pen-

samiento moderno inicia la racionalización del cuerpo, causa de la exclusión de los seres animales en torno a las consideraciones éticas. Para Descartes el juicio dirige la pasión, porque ésta es ciega. Así, al carecer de la capacidad de juicio, los animales sólo serán guiados por las pasiones que no ameritan evaluación de su conducta, es decir, quedan al margen de la consideración ética de los seres humanos.

Las tres posturas filosóficas consiguientes apuntan a defender la propuesta que señala una consideración ética de semejanza entre los seres humanos y los animales no humanos. Frente al pensamiento cartesiano, David Hume, considera que en el cuerpo las pasiones y los sentimientos entienden la experiencia de la vida: son la fuente de su sentido ético. En virtud de ello, forman parte de los seres sintientes tanto humanos como animales no humanos. Éstos últimos son seres de emociones y afecciones, y por esto tienen la experiencia de la vida, es decir asumen un modo de ser, un *Ethos*. Así por ejemplo, el placer y el dolor asemejan a ambas especies; de igual forma, el orgullo, la humildad, la simpatía la comunicación de los afectos, el amor y el odio, son algunos sentimientos que comparten los seres sintientes, y de los cuales surge el sentido ética de su vida.

Al igual que Hume, Adam Smith sostiene que el placer y el dolor son el origen de las acciones humanas. El sentimiento se refleja en el otro como un espejo, porque en toda pasión humana se albergan las emociones del otro. El carácter moral de éstos, está en la corrección de los mismos; así, el sentimiento del otro no se juzga por su utilidad sino porque coincide con el del espectador. Respecto a los animales considera que se comparten las pasiones del enojo, el afecto natural y la gratitud.

Por último, se aborda la propuesta de Jeremy Bentham, quien considera el carácter de los sentimientos como origen de la moral. Buscar el placer y evitar el dolor es el modo de ser de los seres sintientes, y lo que identifica al ser humano con el animal no humano. Esta propuesta fue retomada en la actualidad por Peter Singer quien sostiene que lo que identifica a los animales y a los seres humanos, es su capacidad de sensibilidad: disfrutar y sufrir.

Bajo esta perspectiva es posible decir, que los sentimientos son la fuente tanto del *Ethos* humano como de los animales.

UN CUERPO RACIONALIZADO

El pensamiento francés del siglo de Descartes dio preminencia al uso de la razón frente al de los sentidos. El “Cogito ergo sum” se constituyó en la base de un pensamiento calculador, racionalizante de la vida. El sujeto consciente, racional, apareció como el foco predilecto de la epistemología tradicional, donde cualquier objeto encuentra sus condiciones de existencia. La visión cartesiana del mundo matematizó el mundo y la vida; en ese sentido, el cuerpo fue concebido como simple materia extensa cuya posibilidad de ser entendido fue la *ratio*.

Descartes duda de todo a fin de llegar a la premisa por la cual ésta le hace posible concebir el espíritu como fuente de toda posibilidad de certeza en el conocimiento. Cierto es aquello que aparece a la razón de manera clara y evidente. La conclusión a la cual llega la disertación metódica del pensador francés sostiene así que:

Pero, en fin, he aquí que he vuelto a donde quería; porque como ahora para mí ya es conocido que, hablando con propiedad, no concebimos los cuerpos sino por la facultad de conocer que hay en nosotros, y no por la imaginación, ni por los sentidos, y que no los conocemos porque los veamos o los toquemos, sino únicamente porque los concebimos por el pensamiento, conozco con evidencia que no hay nada que me sea más fácil de conocer que mi espíritu.¹

Esta premisa llevó al racionalismo cartesiano a dar preeminencia a la razón sobre los sentidos. No es que se descarten los sentidos y las pasiones, pero éstas quedan ahora sujetas a un escrutinio de razonamiento que caracterizará parte del pensamiento occidental en adelante. La determinación racional de las pasiones y sentimientos determinará el carácter moral de las mismas; en ese sentido, su constitución originaria de ser corporales se verá estructurada por los usos de una argumentación racionalizante. La cosa pensante, *el cogito*, determinará el conocimiento de la res extensa: lo corporal.²

Los sentimientos y pasiones se siguen de las ideas innatas que tenemos del dolor y alegría, de la tristeza y cualquier naturaleza que sea provocado por una sensación, que sólo es reconocida cuando se da razón de ésta:

Pero cuando examinaba por qué la tristeza en el espíritu se sigue de un no sé qué sentimiento de dolor, y el gozo nace del sentimiento de placer, o bien, por qué esa no sé qué emoción en el estómago que llamo hambre nos da ganas de comer, y la sequedad en la garganta nos da ganas de beber, y así lo demás, no podía

¹ René Descartes, *Meditaciones metafísicas*, Madrid, Gredos, 2001, p. 25.

² *Cfr.*, *ibid.*, p. 65.

dar ninguna razón de ello, a no ser que la naturaleza me lo enseñaba así; porque en verdad no hay afinidad, ni relación alguna (al menos que yo pueda comprender) entre esa emoción del estómago y el deseo de comer, así como tampoco entre el sentimiento de tristeza que ese sentimiento hace nacer. Y del mismo modo me parecía que yo había aprendido de la naturaleza todas las demás cosas que juzgaba con respecto a los objetos de mi sentidos; porque notaba que los juicios que acostumbraba hacer sobre esos objetos se formaban en mí antes de que yo tuviera ocasión de pensar y considerar algunas razones que me pudieran obligar a hacerlos.³

Bajo esta perspectiva, la visión de la ética se enfocó en adelante hacia una construcción racional de los sentimientos y pasiones. Lo corporal quedó sujeto al cálculo matemático, a expensas de una interpretación racional. Las reglas reprimieron las posibilidades humanas del ejercicio de las funciones corporales, las cuales fueron consideradas como un sistema mecánico, cuyo movimiento y sentido era causado por el espíritu y la voluntad. La máquina corporal se pensó como un sistema programado por la razón.⁴

Descartes considera así que en el alma se cumplen dos funciones, unas llamadas acciones, como son la voluntad, otras las pasiones, que son las percepciones y conocimientos, las cuales son recibidas de las cosas percibidas.⁵

Las pasiones del alma son definidas como: “percepciones, o los sentimientos, o las emociones del alma que se refieren particularmente a ella y que son motiva-

³ *Ibid.*, p. 57.

⁴ *Cfr.*, *ibid.*, p. 64.

⁵ *Cfr.*, René Descartes, *Las pasiones del alma*, Madrid, Gredos, 2011, p. 163.

das, mantenidas y amplificadas por algún movimiento de los espíritus”.⁶ Las seis pasiones primarias mencionadas por el filósofo francés son: la admiración, el amor, el odio, el deseo, la alegría y la tristeza.⁷ Otras pasiones le corresponderían al cuerpo, como el hambre, el dolor, etc., las cuales al ser recibidas en el alma son enjuiciadas por el hecho de padecer un cierto sentimiento como el tener hambre o sed.

Estas afecciones del alma se desvían del cuerpo, del sentimiento corporal, pero sólo pueden ser entendidas y sojuzgadas por aquello que las entiende, es decir, el alma. Giannina Burlando considera que: “Así, limitada por la finalidad general de la vida, la pasión es distinta de la razón, del entendimiento, del juicio cuyo oficio es examinar vía pasión el justo valor de cada cosa y de regular nuestros deseos, o de limitar a la ilimitada voluntad según la importancia del bien que nosotros nos representamos”.⁸

La conducta del ser humano frente a la vida, según Descartes, tiene que estar orientada por el conocimiento de la verdad frente al impulso de las pasiones; éstas tienen que ser dirigidas por juicios que conlleven a su coherencia con el bien y a reconocer el mal que pueden causar:

Es cierto que hay muy pocos hombres tan débiles e irresolutos que no quieran nada más que lo que su pasión les dicta. La mayoría tienen juicios determinados

⁶ *Ibid.*, p. 166.

⁷ *Cfr.*, *ibid.*, p. 183.

⁸ Giannina Burlando, “Meditaciones morales de Descartes: pasión y autoconservación de la vida”, en *Veritas. Revista de Filosofía y Teología*, Pontificio Seminario Mayor San Rafael de Valparaíso (Chile), núm. 25, septiembre de 2011, pp. 84-85.

de acuerdo con los cuales regulan una parte de sus acciones; y, aunque a menudo dichos juicios sean falsos e incluso fundados en algunas pasiones por las que en otro momento la voluntad se ha dejado vencer o seducir, sin embargo, debido a que continúa siguiéndolos cuando la pasión que los ha causado está ausente, pueden ser considerados como armas propias de la voluntad y pensar que las almas son más fuertes o más débiles según que sean capaces de seguir más o menos esos juicios y resistir a las pasiones presentes que les son contrarias. Pero hay, no obstante, una gran diferencia entre las resoluciones que proceden de alguna opinión falsa y las que se apoyan exclusivamente en el conocimiento de la verdad, porque si seguimos estas últimas tendremos la seguridad de no sentir nunca pesar ni arrepentimiento, mientras que de haber seguido las primeras lo sentimos siempre, cuando descubrimos el error.⁹

Burlando piensa que Descartes apuesta por la seguridad en el juicio respecto a las pasiones: “La satisfacción o contento, entonces, resulta del acuerdo entre los juicios del entendimiento y las acciones de la voluntad”.¹⁰ Estas deben ser controladas a fin de evitar el error en la conducta, en los actos en los cuales la pasión puede elegir de manera indebida. La pasión tiene que ser dirigida por la razón juiciosa para no errar: “Descartes piensa que las pasiones deben ser últimamente reguladas por la razón”.¹¹ El camino o método que guía las pasiones, tanto del alma como del cuerpo, es la manera en que el filósofo francés busca conducir la conducta humana en su afán por encontrar la per-

⁹ René Descartes, *Las pasiones del alma*, *op. cit.*, pp. 176-177.

¹⁰ Gianinna Burlando, *op. cit.*, p. 89.

¹¹ *Ibid.*, p. 87.

fección. Las pasiones son, de esta manera, contextualizadas en un horizonte paradigmático que rompe con su propio modo de ser originario. Son pintadas bajo un modelo de ser racional y racionalizante. En otras palabras, es la fuerza del alma quien debilita el sentido originario de la pasión.

En ese sentido puede hablarse de un cuerpo racionalizado, en el cual las pasiones encuentran un origen, pero también una determinación de ser universal, que rompe con su carácter propio de ser. Racionalizar significa fragmentar y amoldar una percepción del mundo a la coherencia de una determinación de la razón, la cual parece tener sustento en un modo universal de ser, pero que excluye la particularidad de ser percibida por cada cuerpo, ya sea humano, animal o vegetal. La razón sumerge a la pasión en una verdad universal. Ese ha sido uno de los cánones de la ética occidental durante varios siglos; reglas de las cuales la pasión ha sido considerada en un segundo término, o bien, perpetrada como símbolo del error y causa de los males de la humanidad.

LA RAZÓN CORPORAL

La visión racionalista del cuerpo dejó en la historia de la ciencia una perspectiva mecánica del cuerpo. Las sensaciones y las emociones fueron vistas como parte de un orden de flujos biológicos, que por supuesto nada o poco tendrían que ver con el desempeño ético y moral del ser humano. Sin embargo, el pensamiento anglosajón comenzó a abrir una brecha en otro sentido. Fue el escocés David Hume, quien a partir de su propuesta empirista empezó a dar luz a los sentimientos y pasiones como fuentes de la moral.

El empirismo humeano repara que en la mente se producen las sensaciones, derivadas de la experiencia sensible. Percibir significa captar por medio de los sentidos. A diferencia del racionalismo, quien da la primacía a la razón sobre el juicio de los sentidos, Hume considera que los sentidos son el origen de toda posibilidad de conocimiento. La percepción es una afección de la mente derivada de los sentidos. A su vez ésta se divide en impresiones e ideas, sobre las cuales señala: “La diferencia entre ambas consiste en los grados de fuerza y vivacidad con que inciden sobre la mente y se abren camino en nuestro pensamiento o conciencia. A las percepciones que entran con mayor fuerza y violencia las podemos denominar *impresiones*; e incluyo bajo este nombre todas nuestras sensaciones, pasiones y emociones tal como hacen su primera aparición en el alma”.¹²

El mundo de las cosas afecta el cuerpo, que a su vez conlleva al enjuiciamiento de éste. Es por el cuerpo por quien el mundo habla al ser humano; y es en éste donde las pasiones y emociones se concentran para entender la experiencia de la vida. No es una experiencia especulativa o trascendente a toda realidad corporal, sino la misma actividad del sentimiento, del sentir del mundo.

Las impresiones de la percepción pueden ser, a la vez, originales o de la sensación y secundarias o de la reflexión; las primeras se refieren a las impresiones de los sentidos, por ejemplo los dolores y placeres del cuerpo, los colores y los olores. Las segundas proceden de una impresión original, y de ahí surgen las pasiones y las emociones. Hume dice textualmente que: “Enten-

¹² David Hume, *Tratado de la naturaleza humana*, Madrid, Tecnos, 1998, p. 43.

demos comúnmente por *pasión* una violenta y sensible emoción de la mente, producida cuando se presenta un bien o un mal, o cualquier objeto que por la constitución original de nuestras facultades sea apropiado para excitar un apetito”.¹³

Las pasiones son el resultado de una combinación del sentir directo y el indirecto. En ese sentido, el filósofo escocés habla de pasiones directas e indirectas. Las primeras se refieren al deseo y aversión, la tristeza y alegría, esperanza y el miedo, junto con la volición. En relación a esto menciona que: “La mente tiende por un instinto *original* a unirse al bien y evitar el mal, aun en el caso de que éstos sean concebidos simplemente en idea, y considerados como existiendo en un tiempo futuro”.¹⁴

Respecto a las pasiones indirectas, éstas son el orgullo y humildad, amor y odio. Las cuales unidas con las primeras dan por resultado una inclinación que une o separa del objeto.¹⁵ La pasión resulta así de una relación entre sentimiento e ideas.¹⁶ Por consiguiente el valor de lo sensible, del sentimiento, está dado por la relación entre la pasión de placer o dolor, frente al interés o aversión por alguno de ambos. Al respecto refiere que:

La pasión por sí sola, al surgir de la estructura y conformación original de la naturaleza humana, concede valor al más insignificante objeto.

Podemos llevar la misma observación más allá y concluir que, incluso cuando la mente opera por sí sola

¹³ *Ibid.*, p. 589.

¹⁴ *Ibid.*, p. 590.

¹⁵ *Cfr.*, *ibid.*, p. 591.

¹⁶ *Cfr.*, David Hume, “Una disertación sobre las pasiones”, en *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales*, Barcelona, Anthropos, 2004, p. 129.

y, experimentando el sentimiento de condena o aprobación, declara un objeto deforme y odioso, otro bello y deseable, incluso en ese caso, sostengo que esas cualidades no están realmente en los objetos, sino que pertenecen totalmente al sentimiento de la mente que condena o alaba. Admito que será más difícil hacer evidente —y por así decirlo, palpable— esta proposición a pensadores negligentes, porque la naturaleza es más uniforme en los sentimientos de la mente que en la mayoría de las sensaciones del cuerpo, y produce una mayor semejanza en la parte interior del género humano que en la exterior.¹⁷

La relación del cuerpo con la sensación de lo agradable o desagradable establece una simetría entre una convivencia relacional inseparable entre el mundo y la mente humana. Las pasiones indirectas no son imágenes o impresiones puramente sensibles, sino que la mente genera a partir de éstas la sensación de bien o mal. Esta es la postura que lleva a Hume a sospechar o dudar de toda condición trascendente o metafísica de los principios de la moral. El cuerpo aparece ahora no como el objeto de la moral, a la cual está sometido, sino como el lugar de las pasiones donde se puede concebir una forma diferente de pensar las cuestiones éticas y la moral en sentido originario.

Las pasiones surgen de una búsqueda del bien o de una aversión al mal.¹⁸ En ese sentido considera que el Yo es el objeto de la pasión.¹⁹ Tasset, al referirse a

¹⁷ David Hume, “El escéptico”, en *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales*, op. cit., pp. 233-234.

¹⁸ Cfr., David Hume, “Una disertación sobre las pasiones”, en *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales*, op. cit., p. 87.

¹⁹ Cfr., *ibid.*, p. 93.

Hume, sostiene que: “La idea del Yo es, en cierto modo, origen y consecuencia de la pasión: la relación con el Yo o con el Otro es determinante para la aparición de las pasiones indirectas, pero el Yo y el Otro son a la vez la idea a la que se dirige la mente cuando se excita la pasión”.²⁰

A partir de lo anterior Hume sostiene que los sentimientos son condición indispensable de la evaluación de la afección de los objetos. Estos no tienen ningún valor si no son relacionados con el sentimiento de la pasión y la afección de las emociones. Los objetos o las acciones buenas o malas dependen de la sensación agradable o desagradable, conformes o contrarios a una pasión.²¹

De esa manera, el sentimiento es en cada mente de alguna forma diferente, pues las sensaciones de placer y dolor varían de acuerdo al consentimiento o rechazo de la sensación: “Siendo el sentimiento diferente del objeto, y naciendo de las operaciones de éste sobre los órganos de la mente, una alteración de esta misma debe variar el efecto y el mismo objeto no podrá producir el mismo sentimiento puesto ante una mente totalmente diferente”.²²

No es lo mismo pensar en la estructura formal de un círculo que en la belleza de un círculo, pues esta última no reside en ninguno de los puntos de éste. La belleza en este caso reside en la sensación que la pasión de la mente valora en el objeto.²³

²⁰ José Luis Tasset Carmona, en David Hume, *Disertación sobre las pasiones*, op. cit., p. 28.

²¹ Cfr., David Hume, “Una disertación sobre las pasiones”, en *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales*, op. cit., p. 73.

²² David Hume, “El escéptico”, en *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales*, op. cit., p. 239.

²³ Cfr., *idem*.

Bajo esta perspectiva, la valoración de la conducta humana, pretendida por la ética desde los tiempos de la Grecia clásica recupera la perspectiva de los sentimientos como origen y foco de discernimiento en torno a los actos humanos. Las pasiones son universales en tanto forman parte de la constitución de los seres sintientes, humanos, animales no humanos y vegetales. En tal consideración, Hume adelanta una perspectiva diferente en las cuestiones acerca del origen de la moral. En este sentido, la ética puede pensarse de manera diferente a la propuesta clásica, por la cual la conducta humana, se piensa, es guiada por cánones de orden universal, especulativo, los cuales pueden ser entendidos por la razón, dejando a la pasión a expensas de los designios de ésta. El paradigma de la ética clásica reviste una estructura universal bajo la cual toda acción humana debe moverse; ésta puede ser una estructura teleológica, como el máximo bien o la felicidad universal, o bien el cumplimiento del deber como imperativo o mandato de la razón.

La propuesta humeana radica en la pasión, en el sentimiento como origen del discernimiento de la conducta del individuo frente a sí mismo y ante el otro. Es la pasión y la emoción quien coloca al individuo en pos de lo que le conviene como agradable o no conveniente como desagradable. Tasset considera que: “Hume llega a vislumbrar ya su tesis fundamental: no siempre somos razonables: nuestras pasiones no siempre son modificables por las valoraciones objetivas”.²⁴

Los sentimientos son el parámetro o la guía que cada ser humano considera en pos de su conducta. No

²⁴ José Luis Tasset Carmona, en David Hume, *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales*, op. cit., p. 30.

significa una acción que atente contra el resto de la humanidad, porque se busca el bien desde lo agradable, evitando el dolor, tanto de sí como del otro. Nadie puede querer un dolor para el otro que no le afecte a sí mismo. Hume sostiene en ese sentido que: “Un hombre que, al escoger su modo de vivir, sigue sus inclinaciones, puede emplear medios mucho más seguros para tener éxito que otro que es conducido por sus inclinaciones hacia el mismo modo de vivir y que persigue el mismo objeto”.²⁵

Las disposiciones e inclinaciones dependen del hábito o de la experiencia en que se vive. El carácter se construye en la medida en que se conoce acerca de las propias pasiones y sentimientos, porque en ellos está el querer que busca el bien propio y de los demás. Hume considera que, ese ejercicio por el cual el hombre se templa desde su propia posibilidad de sentimiento es una virtud: “Dejad que un hombre se proponga a sí mismo el modelo de un carácter que aprueba; dejadle conocer bien aquellos aspectos en los que su propio carácter se aparta de este modelo; dejadle mantener una observación constante de sí mismo e inclinar su mente, con un continuo esfuerzo, desde los vicios hacia las virtudes y, no dudo de que, sólo con el tiempo necesario, descubrirá en su temperamento una alteración para mejor”.²⁶

La disposición emerge del sentimiento, no de la razón; ésta puede ayudar a discernir sobre la elección de lo agradable, pero no es determinante ni origen de ninguna consideración universal de conducta. Este es el giro que Hume da a la visión de lo moral desde los

²⁵ David Hume, “El escéptico”, en *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales*, op. cit., p. 229.

²⁶ *Ibid.*, p. 253.

sentimientos. Tasset sostiene que: “De esta manera, lo que podríamos llamar el <<giro humeano>> en Ética se caracterizará por afirmar que en todos los casos de presunta determinación racional de la conducta, en realidad estamos siendo guiados primordialmente por una pasión apacible”.²⁷

Ahora bien, algunos sentimientos no tienen el sentido moral. Guisán refiere que, de acuerdo con Hume, hay sentimientos que se refieren a intereses propios, mientras que otros se dirigen a la bondad o maldad:

Ocurre así que en Hume, cuando denominamos a algo nuestro enemigo, nuestro rival o nuestro adversario, se entiende que hablamos desde nosotros mismos y para nosotros mismos, de acuerdo con nuestras emociones, nuestras circunstancias, etc. Sin embargo, cuando utilizamos calificativos como bueno, malo, odioso, vicioso, etc., hablamos desde la imparcialidad y apuntamos a consideraciones que son admitidas por todos como relevantes. Por supuesto que la imparcialidad no es en Hume sólo un principio formal sino un instrumento para dirigir nuestra atención hacia los sentimientos comunes y compartidos: a saber, la preocupación por el bien público, el único sentimiento para Hume que puede ser el fundamento de la moral o de un sistema general de censura y alabanza.²⁸

De esa manera, los principios de la moral radican en los sentimientos. De acuerdo con Hume, aún los filósofos clásicos que consideran la virtud como fruto de la

²⁷ José Luis Tasset Carmona, en David Hume, *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales*, op. cit., pp. 35-36.

²⁸ Esperanza Guisán, *Introducción a la ética*, Madrid, Cátedra, 2010, p. 147.

razón, ésta no deja de ser producto del gusto y del sentimiento. A la letra dice: “Extinguid todos los sentimientos y predisposiciones entrañables a favor de la virtud, así como todo disgusto y aversión con respecto al vicio; haced que los hombres se sientan indiferentes acerca de estas distinciones, y la moral no será ya una disciplina práctica ni tendrá ninguna influencia en la regulación de nuestras vidas y acciones”.²⁹

El sentimiento de benevolencia conlleva un interés por lo público; de tal manera que el agrado en la benevolencia propia se extiende a la benevolencia para con los demás. La utilidad pública apela al bienestar de la especie humana. No es la razón del deber por el deber mismo, sino la acción del sentimiento y la pasión quien apela a una utilidad pública lo que determina a la razón: “En síntesis, parece, pues, innegable *que* nada puede añadir más mérito a una criatura humana que el sentimiento de benevolencia en un grado inminente; y *que*, por lo menos, una *parte* de su mérito surge de su tendencia a promover los intereses de nuestra especie y a procurar la felicidad a la sociedad humana”.³⁰

Lo útil y beneficioso para la humanidad son considerados por Hume como los elementos que la pasión valora. El género humano es el fin de las acciones. Este sentimiento humanitario, eso que conlleva el principio de la moral desde la posibilidad individual hasta la de la especie: “Este sentimiento no puede ser otro que un sentimiento en favor de la felicidad del género humano, y un resentimiento por su desdicha, pues estos son los dos diferentes fines que la virtud y el vicio tienden a

²⁹ David Hume, *Investigación sobre los principios de la moral*, Madrid, Alianza, 2006, p. 37.

³⁰ *Ibid.*, p. 49.

promover. Aquí por tanto, la *razón* nos instruye acerca de las varias tendencias de las acciones, y el *sentimiento humanitario* hace una distinción a favor de aquellas que son útiles y beneficiosas”.³¹ Puede verse claramente que el sentimiento en el sentido en que Hume lo piensa, no es sólo un sentir árido y seco, aislado de la relación con lo otro. El sentimiento es, en tanto pasiones o emociones, un modo de interrelacionar la convivencia humana. Se comparte el dolor, la alegría y la tristeza, pero no de manera conceptual sino en un modo de experimentar la vida.

Ahora bien, esta utilidad de la búsqueda de lo agradable y el rechazo del dolor no es en modo alguno una forma de hedonismo. Para la filosofía de Epicuro, la mayor felicidad con el mínimo de dolor, se refiere únicamente al individuo aislado; es la felicidad de la persona y no del grupo.³² En el caso de la moral humeana, la utilidad del gozo es general y, por supuesto, en beneficio también propio.

Por consiguiente, el principio de toda moral parte del sentimiento, de las pasiones que discierne la mente respecto a la realidad que implica el dolor o la tristeza, lo agradable o desagradable, lo que acerca y aleja. Hume sostiene de esa manera que: “La hipótesis que nosotros abrazamos es clara. Mantiene que la moralidad es determinada por el sentimiento”.³³ Al respecto Rawls, sostiene que en Hume la ley moral se relaciona con la simpatía y los sentimientos, lo cual revela el ca-

³¹ *Ibid.*, p. 182.

³² *Cfr.*, Epicuro, “Carta a Meneceo”, en *Obras completas*, Barcelona, Ediciones Cátedra, 2003, p. 146.

³³ David Hume, *Investigación sobre los principios de la moral*, *op. cit.*, p. 185.

rácter, la felicidad y la virtud del ser humano.³⁴ La moralidad no brota, en primer lugar de un principio, sino de un deseo dependiente del objeto, es decir, de la pasión; de ahí surgen principios de razonamiento práctico que implican deseos derivados del discernimiento del acercamiento a un bien.³⁵

Rawls considera, de acuerdo con lo anterior, que la moral proviene de una naturaleza humana, tal y como la justicia puede entenderse desde este punto de vista. Al respecto menciona que: “Hume quiere demostrar que la moralidad y la práctica de la moralidad son expresiones de la naturaleza, dado el lugar que ocupamos en el mundo y dada nuestra dependencia de la sociedad”.³⁶ La justicia implica los sentimientos, el modo en cómo se vivencian las pasiones en pos de la búsqueda de la felicidad propia y de la mayoría. Con ello es notorio cómo Hume acerca el pensamiento hacia la visión del utilitarismo que más tarde abordará la postura filosófica de Bentham.

La moral está a la altura de las circunstancias. El modo en cómo se vivencian los sentimientos, ya sean pasiones o emociones, permite al individuo y a la comunidad formular leyes prácticas, no que regulen su vida, sino que la mantengan coherente con el bien al que se pretende llegar: “En las decisiones morales, todas las circunstancias y relaciones deben ser previamente conocidas; y la mente, tras contemplar el todo, siente alguna nueva impresión de afecto o de disgusto, de estima o de desprecio, de aprobación o de censura”.³⁷

³⁴ Cfr., John Rawls, *Lecciones sobre la historia de la filosofía moral*, Barcelona, Paidós, 2001, p. 230.

³⁵ Cfr., *ibid.*, p. 65.

³⁶ *Ibid.*, p. 69.

³⁷ David Hume, *Investigación sobre los principios de la moral*, *op. cit.*, p. 187.

Con ello es posible ver que la moral del sentimiento se construye no en principios eternos e inmutables, que controlen toda posibilidad de conducta humana; ésta más bien se construye en la medida en que es el sentimiento, a través de su desenvolvimiento en la historia, quien va dando la pauta a las posibles formas de entender la relaciones humanas, del individuo para sí y para con la sociedad.

De esa manera, el principio práctico, derivado del sentimiento, del discernimiento de la pasión y la emoción conduce a la siguiente conclusión:

Parece evidente que los fines últimos de los actos humanos no pueden en ningún caso explicarse por la *razón*, sino que se encomiendan enteramente a los sentimientos y afectos de la humanidad, sin dependencia alguna de las facultades intelectuales. Preguntad a un hombre *por qué hace ejercicio*, y os responderá que *porque desea conservar la salud*. Si le preguntáis entonces *por qué desea la salud*, inmediatamente os contestará que *porque la enfermedad es dolorosa*. Si lleváis vuestras inquisiciones más allá y deseáis que os dé una razón de *por qué odia el dolor*, es imposible que jamás pueda daros ninguna. Se trata de un fin último, y no puede ser referido a ningún otro objeto.³⁸

A partir de esta perspectiva o mirada humeana, el pensador escocés, atiende la relación que el ser humano tiene con otros seres sintientes, como es el caso de los animales. El sentimiento de dolor y placer es lo que acerca a ambos, es decir, el animal también tiene pasiones y afecciones. Es la semejanza, como forma metódica de discernir lo que conlleva a Hume a estable-

³⁸ *Ibid.*, p. 191.

cer esta relación. Así, dice: “Por consiguiente, cuando vemos en millones de casos que otras criaturas ejecutan acciones similares, todos nuestros principios de razón y probabilidad nos llevan con fuerza invencible a creer en la existencia de una causa similar”.³⁹

Hume considera que ha sido un error de los sistemas filosóficos considerar la función racional de la mente como el principio de toda conducta, por ello los animales han sido excluidos de ciertas consideraciones, al igual que los niños y aquellos seres que sufren de algún problema mental. El problema es que no han sido considerados como seres de emociones y afecciones, en donde como se ha visto radica el principio de toda posibilidad de apertura a la acción humana. Esta consideración revela el gran sentido que tiene el aporte humeano, pues bajo esta posibilidad, la razón como eje directriz del pensar humano, sólo es un modo de pensar; más allá de ésta se encuentran otras múltiples posibilidades que permiten la apertura a la vivencia del mundo. Vivencia que no se restringe a cierto tipo de seres con la capacidad de la razón, sino de todo aquello que sea capaz de sentir: seres sintientes.

Es la experiencia, y no la conexión real entre objetos, lo que permite a los animales inferir las relaciones del mundo con su vida. Lo que permite inferir es la costumbre, tal como ocurre en el ser humano. No existe una relación universal de causa y efecto, esta es un derivado de la creencia que surge de la costumbre de que a un fenómeno le seguirá otro. Este es el modo en cómo los seres humanos derivan, posteriormente, principio del conocimiento, pero éstos son derivados, no origina-

³⁹ David Hume, *Tratado de la naturaleza humana*, op. cit., p. 261.

rios como la costumbre, ésta es un principio o modo de asociación de la mente, una función mental, no racional, por la cual se deriva la creencia.⁴⁰

De igual manera Hume considera que en los animales también se presenta el principio de asociación por el cual inferen la relación entre fenómenos o hechos de la naturaleza: “En todos estos casos podemos observar que el animal infiere algún hecho más allá de lo que inmediatamente se presenta a sus sentidos; y que esta inferencia se funda completamente en la experiencia pasada, en tanto que la criatura espera del objeto presente las mismas consecuencias que siempre ha encontrado, en sus observaciones, que resultan de objetos similares”.⁴¹

No es el razonamiento el que guía las inferencias de los animales, así como el resto de la humanidad no parte de ningún razonamiento, más bien de la semejanza, la costumbre y la creencia de que las cosas tienen una cierta relación la que los lleva a considerar que son tales; pero que de ninguna manera mantienen un orden necesario y universal, sino que dependen de la percepción que genera la pasión y la emoción es decir, el sentimiento que finalmente discierne para que posteriormente sea la razón quien constituya un modo de explicar el fenómeno que se percibe: “Los animales, por consiguiente, no son guiados en estas inferencias por el razonamiento; ni lo son los niños; ni la mayor parte de la humanidad en sus acciones y conclusiones ordinarias; ni los filósofos mismos, quienes en todos los aspectos prácticos de sus vidas son, en lo fundamental, como el vulgo, y se rigen por sus mismas máximas”.⁴²

⁴⁰ Cfr., *ibid.*, p. 162.

⁴¹ David Hume, *Investigación sobre el entendimiento humano*, Madrid, ISTMO, 2004, p. 239.

⁴² *Idem.*

De esa manera, la costumbre y la creencia son dos modos en que tanto seres humanos como animales experimentan las relaciones del mundo, esto abre la expectativa para recordar que el mundo no es sólo de y para humanos, sino que pertenece a una relación intrínseca entre todos los seres; y que los seres sintientes son aquellos que establecen los modos de vivenciar o pensar corporalmente esta relación. Es la costumbre y la creencia lo que constituye el modo en cómo concebimos cierta relación de mundo: “Es sólo la costumbre la que hace a todos los animales inferir a partir de cualquier objeto que se presente a sus sentidos su usual acompañante; llevando a su imaginación, con motivo de la aparición del uno, a concebir el otro de esta particular manera que llamamos *creencia*”.⁴³

Las acciones generadas por el cuerpo pueden ser mecánicas, producto de una especie de instinto, que algunos llaman de sobrevivencia, aunque más bien son el origen de la vivencia. De igual manera, los cuerpos animales generan acciones o movimientos instintivos, al igual que los humanos; reacciones ante estímulos que no generan una pasión, sino un sentimiento directo de peligro. Inmediatamente vemos que aunque sea instintivo, este movimiento conlleva una naturaleza vivencial o experimental del peligro, que en este sentido no es un concepto sino un modo de evitar el malestar, el dolor o quizás la muerte. Eso mismo sucede en los animales por ser seres sintientes. Construyen su modo de ser en la base de un instinto y en el derivado de un modo de “pensar” su estancia en el mundo. Por estancia entiéndase la manera en que vive, se protege y busca el placer. Los animales al igual que los seres humanos son un

⁴³ *Ibid.*, p. 241.

cuerpo que siente y piensa; que piensa sólo a partir de que siente. Hume ejemplifica lo anterior, refiriéndose a los animales, de la siguiente manera:

En este punto tenemos que hacer una distinción entre las acciones animales de naturaleza vulgar, y que parecen estar al nivel de sus capacidades corrientes, y aquellos casos más extraordinarios de sagacidad que los animales muestran a veces en pro de su propia conservación y la propagación de su especie. Un perro, que evita el fuego y los precipicios, que huye de los extraños y acaricia a su amo, nos proporciona un ejemplo de la primera clase. Un pájaro, que escoge con tanto cuidado y delicadeza el lugar y los materiales de su nido, y que pone los huevos a su debido tiempo, en la estación apropiada, con toda la precaución que un químico pueda poner en sus proyectos más sutiles, nos suministra un ejemplo vivo de lo segundo.

En cuanto a las acciones del primer tipo, afirmo que los animales proceden en base a un razonamiento que no es de suyo diferente, ni se basa en diferentes principios que el que aparece en la naturaleza humana. Es necesario en primer lugar, que exista una impresión inmediatamente presente a su memoria o a sus sentidos, para que sirva de fundamentación de sus juicios. El perro deduce la ira de su amo a partir del tono de su voz, y prevé el castigo que va a sufrir. A partir de una cierta sensación que afecta a su olfato, juzga que la caza tiene que estar no lejos de él.⁴⁴

Dos pasiones son el ejemplo con el cual Hume considera otra semejanza entre los humanos y los animales: el orgullo y la humildad. Ambas provienen de

⁴⁴ David Hume, *Tratado de la naturaleza humana*, op. cit., p. 263.

un sentimiento, Así puede observarse en los animales evidencias de vanidad, cólera, tristeza, alegría, dolor, placer, etc. “Todas estas pruebas son evidentes de que el orgullo y la humildad no son simplemente pasiones humanas, sino que se extiende por todo el reino animal”.⁴⁵ Las causas de estas posibilidades o modos de ser se encuentran en el cuerpo, no en el sentido de la virtud o el vicio, en el caso de los seres humanos. “Ahora bien, por lo que respecta al cuerpo, las cualidades motivo de orgullo en el animal son las mismas que en el género humano; esta pasión está siempre basada en la belleza, el vigor, la rapidez o alguna otra cualidad útil o agradable”.⁴⁶ El cuerpo es quien discierne, antes que la mente, sobre el sentir de las pasiones.

Por último, Hume considera que la simpatía y la comunicación de las pasiones son parte de los seres sintientes, tanto de animales como del ser humano, así como el amor y el odio. El amor en los animales no tiene por objeto sólo a los animales de la misma especie, sino que se extiende más allá, incluyendo bajo sí a casi todo ser sensible y pensante. “Un perro ama naturalmente a un hombre más que a un miembro de su propia especie, y muy comúnmente ve correspondida su afección”.⁴⁷ Ahora bien, también son notorias en los animales afecciones como la envidia y malicia, derivadas precisamente de las pasiones y su relación con el sentimiento de lo agradable y lo desagradable.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 451.

⁴⁶ *Idem.*

⁴⁷ *Ibid.*, p. 537.

ADAM SMITH: EL SENTIMIENTO MORAL COMO ESPEJO DE LA REALIDAD

En su libro *La teoría de los sentimientos morales*, Adam Smith, contemporáneo, un poco más joven que Hume, propone también un modo diferente de pensar la ética tradicional. Considerado, por otra parte, el padre de la economía, en su tesis sobre el origen del *Ethos* humano, recorre una postura semejante a la humeana, pero diferente al utilitarismo.

Smith considera que el sentimiento de lo moral, es decir la actitud ética del ser humano, está inscrita en su naturaleza misma. En su texto refiere que: “La naturaleza, cuando formó al ser humano para la sociedad, lo dotó con un deseo original de complacer a sus semejantes y una aversión original a ofenderlos. Le enseñó a sentir placer ante su consideración favorable y dolor ante su consideración desfavorable. Hizo que su aprobación le fuera sumamente halagadora y grata por sí misma, y su desaprobación muy humillante y ofensiva”.⁴⁸

El texto sostiene, por una parte, la bondad natural hacia la que tiende el ser humano por el placer de servir a su semejante; y por otra, lo que Hume considera el displacer por el dolor. Son así los sentimientos de placer y de dolor quienes marcan la pauta de las acciones humanas. El sentimiento moral deviene así de un sentir que evoca la relación inseparable entre el cuerpo que percibe y el intelecto que enjuicia. La visión de los seres humanos respecto a sus actos no depende de conte-

⁴⁸ Adam Smith, *La teoría de los sentimientos morales*, Madrid, Alianza, 2013, p. 230.

nidos abstractos y universales, sino de un sentido moral derivado de la percepción y orientado por el juicio:

Así de parciales son las visiones de los seres humanos sobre la corrección de su comportamiento, tanto en el momento de actuar como después de hacerlo, y así de difícil les resulta el analizarla como lo haría cualquier espectador indiferente. Pero si juzgaran su proceder mediante una facultad especial, tal como se supone que es el sentido moral; si estuviesen dotados de un peculiar poder de percepción que distinguiera la belleza o fealdad de sus pasiones y afectos, como sus propias pasiones estarían más inmediatamente expuestas a la vista de esa facultad, las juzgaría con más precisión que las de otras personas, de las que sólo tendría una perspectiva más distante.⁴⁹

El sentido moral está más allá de la obligación (como lo será en Kant) con respecto a los otros; es más bien un cierto impulso al respeto del interés ajeno, que se desprende del logro del placer mismo, de lo correcto y de lo justo.⁵⁰

Ahora bien, respecto al interés, no se refiere Smith exactamente al interés que más tarde abordará la filosofía de Bentham. No se trata de la utilidad que beneficia la felicidad de la mayoría, sino el interés por la suerte del otro, en la cual se mira el dolor, la desgracia, la tristeza, el sufrimiento o la alegría que se puede tener si uno mismo estuviera en el caso del otro. El sentimiento del otro aparece como un espejo en el cual se puede reflejar la propia realidad:

⁴⁹ *Ibid.*, p. 282.

⁵⁰ *Cfr.*, Estudio preliminar, a Adam Smith, *La teoría de los sentimientos morales*, *op. cit.*, p. 17.

Por más egoísta que se pueda suponer al hombre, existen evidentemente en su naturaleza algunos principios que le hacen interesarse por la suerte de otros, y hacen que la felicidad de éstos le resulte necesaria aunque no derive de ella nada más que el placer de contemplarla. Tal es el caso de la lástima o la compasión, la emoción que sentimos ante la desgracia ajena cuando la vemos o cuando nos la hacen concebir de forma muy vívida. El que sentimos pena por las penas de otros es una cuestión de hecho tan obvia que no requiere demostración alguna, porque este sentimiento, como todas las otras pasiones originales de la naturaleza humana, no se halla en absoluto circunscrito a las personas más virtuosas y humanitarias, aunque ellas quizás puedan experimentarlo con una sensibilidad más profunda.⁵¹

De esta manera, es la simpatía aquel fenómeno de la sensibilidad quien permite mirar por el otro en una relación de convivencia y existencia compartida, es ésta el hilo conductor de las actitudes morales que llevan al ser humano a la solidaridad, originada en la fuente de los sentimientos. Simpatía significa en el sentido de Smith una correspondencia de entendimiento de lo que puede pasar en el otro. Por eso no es el beneficio de la mayoría lo que mueve el interés, sino de antemano el recogimiento de lo que uno mismo, de manera individual, puede sentir. En ese tenor, Smith no es un filósofo utilitarista, sino un partidario de la simpatía que surge del espectador hacia aquella persona en quien ve reflejada su propia existencia.

En ese sentido, el significado de la simpatía se entiende de manera literal de la siguiente manera: “En toda pasión que el alma humana es susceptible de abrigar, las

⁵¹ Adam Smith, *op. cit.*, p. 49.

emociones del espectador siempre se corresponden con lo que, al colocarse en su mismo lugar, imagina que son los sentimientos que experimenta el protagonista”.⁵² Ahora bien, la simpatía surge de la circunstancia que la promueve, no de una pasión abstracta, porque es el entorno bajo el cual el espectador del otro se experimenta. No hay compasión por el otro si la circunstancia no la mueve. “La compasión del espectador debe provenir totalmente de la consideración de lo que él mismo sentiría si fuese reducido a la misma infeliz posición y al mismo tiempo pudiese, lo que quizás es imposible, ponderarlo con la razón y el juicio que ahora posee”.⁵³

En ese horizonte, Smith se acerca más a Hume, porque ambos consideran que la simpatía tiene que ver con el móvil de los sentimientos; sin embargo, para Hume la simpatía tiene que ver con la utilidad de los efectos, mientras que para Smith sólo tiene que ver con la corrección de las emociones, sin mirar a la utilidad. Por ejemplo, para el utilitarismo la naturaleza de la belleza radica en su utilidad, en su comodidad si pudiera decirse: la belleza de una casa está en su comodidad y funcionalidad, en sus detalles más finos. Smith, a diferencia de esto, considera que el interés deviene anteriormente cuando el espectador ve en ésta, un arreglo con sus sentimientos de agrado y placer, de correspondencia con un orden que le causa agrado antes que mirar por un proyecto de comodidad. De esa manera establece una diferencia respecto a lo que Hume entiende por simpatía. Textualmente dice:

También la causa por la que la utilidad nos agrada ha sido recientemente señalada por un filósofo ingenio-

⁵² *Ibid.*, p. 51.

⁵³ *Ibid.*, p. 54.

so y atractivo [David Hume], que une la máxima profundidad intelectual con la más consumada elegancia expresiva, y que posee el feliz y singular talento de tratar las cuestiones más abstrusas no sólo con la perfecta perspicacia sino también con la más viva elocuencia. Según él, la utilidad de cualquier objeto complace a su propietario porque constantemente le sugiere el placer o la comodidad que está destinado a procurar.⁵⁴

Ahora bien, de acuerdo con Smith y siguiendo el relato de uno de sus ejemplos, visto desde otra perspectiva, el orden de las cosas no se ve realmente desde su comodidad, sino desde su conveniencia. Así, cuando una persona entra a su recámara y ve las silla en desorden se enfada con el criado por eso mismo, pero una vez que las ha colocado en un lugar adecuado, no es la comodidad lo que le agrada sino el hecho de haberlas colocado de manera conveniente. La corrección de esta situación es lo que, movido por su sentimiento de placer, le lleva a establecer un orden y no tanto la comodidad.⁵⁵

Respecto a lo anterior, Hume considera en su texto *Investigación sobre los principios de la moral* que, por ejemplo, una casa con puertas y ventanas diseñadas bajo el esquema de un cuadrado perfecto dañarían a la vista por culpa de la proporción, pero más allá de esto resultarían extrañas e inútiles para el uso del cuerpo humano.⁵⁶ En ese sentido, el fin no es en realidad la belleza estética, sino que la belleza deviene del uso útil que el espectador ve en las puertas y ventanas. Textualmente refiere que:

⁵⁴ *Ibid.*, p. 317.

⁵⁵ *Cfr.*, *ibid.*, p. 318.

⁵⁶ *Cfr.*, David Hume, *Investigación sobre los principios de la moral*, *op. cit.*, p. 89.

La utilidad es sólo una tendencia hacia un cierto fin; y es una contradicción en los términos decir que algo agrada como medio hacia un fin, en casos en los que el fin no nos afecta de ningún modo. Por lo tanto, si la utilidad es una fuente de sentimiento moral, y si esta utilidad no es siempre considerada en referencia al yo, de ello se sigue que todo lo que contribuye a la felicidad de la sociedad se recomienda por sí mismo a nuestra aprobación y buena voluntad. He aquí un principio que explica en gran parte el origen de la moralidad.⁵⁷

Por la simpatía, dice Smith, se anima la alegría, y bajo la tristeza se frustra el sentimiento; de ahí que puede contribuir tanto al placer como al dolor: “la simpatía aviva el regocijo y mitiga la pena”.⁵⁸

De esa forma, lo que juzga sobre el carácter moral o ética de los sentimientos, es la corrección o incorrección de los mismos, el acuerdo o desacuerdo con nuestro sentir. “En consecuencia, aprobar las pasiones de otro como adecuadas a sus objetos es lo mismo que observar que nos identificamos completamente con ellas; y no aprobarlas es lo mismo que observar que no simpatizamos totalmente con ellas”.⁵⁹

La aprobación o desaprobación no dependen de un criterio universal abstracto, de un principio general que rija qué acciones son buenas o malas, sino de las circunstancias bajo las cuales el espectador siente y juzga el sentimiento de los otros con los cuales se identifica: “Cada facultad de un ser humano es la medida en la cual juzga la misma facultad en otro. Yo evalúo la vista de usted según mi propia vista, su oído por mi oído,

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 97-98.

⁵⁸ Adam Smith, *op. cit.*, p. 58.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 61.

su razón por mi razón, su resentimiento por mi resentimiento, su amor según mi amor. No tengo ni puedo tener otra forma de juzgarlos”.⁶⁰ El juicio depende del sentimiento, del modo en cómo es percibido el sentir del otro desde sí mismo; de tal manera que no podemos sentir lo mismo, sino que uno se imagina lo que el otro puede sentir desde lo que uno mismo puede sentir. Ese es el carácter moral que conlleva el acuerdo o desacuerdo de los sentimientos.

El sentimiento del otro no se juzga por su utilidad sino porque se compadece: coincide con el sentimiento del espectador, es decir, de uno mismo mirado en el espejo del otro. El sentir mucho por los demás representa la perfección de la naturaleza humana. En ese sentido, la virtud es considerada como ese modo de sensibilidad, el ejercicio de la sensibilidad es el modo por el cual el ser humano escucha su sentimiento y lo juzga en relación con el otro.⁶¹

Respecto al sentir en referencia al otro ser no humano, es decir el animal, sostiene que con estos seres se comparte una serie de pasiones: el enojo, el afecto natural e incluso la gratitud.⁶² De ahí que se pueda resaltar un interés por la consideración de una moral de los seres humanos hacia los animales. En ese tenor refiere Smith que las pasiones que devienen del cuerpo pueden provocar simpatía o bien, violencia; simpatía cuando las consideramos acorde con nuestro modo de sentir y querer; y violencia cuando sentimos el malestar con respecto a las acciones que nos desagradan, eso provoca el enojo, así como el sentir de una buena acción, la alegría. Desde esa perspectiva considera que las pasiones

⁶⁰ *Ibid.*, p. 65.

⁶¹ *Cfr.*, *ibid.*, p. 75.

⁶² *Cfr.*, *ibid.*, p. 84

pueden ser, por un lado, antisociales como el odio y la animadversión (las cuales constituyen parte de la naturaleza humana, y sociales como la liberalidad, el humanitarismo, la amabilidad, la compasión, la amistad, etc.⁶³ Por último en un tercer grupo de pasiones coloca el pesar y el gozo, entendidas éstas como pasiones egoístas.⁶⁴

EL UTILITARISMO DE BENTHAM

Las acciones humanas, desde el punto de vista de Hume, se orientan a evitar el dolor y procurar el placer. Se ha dicho que ésta no es una postura hedonista, porque, de antemano, se busca el interés general, no sólo el individual. Esta tesis es el parteaguas de la postura filosófica de Jeremy Bentham. Este pensador inglés, considerado el padre del utilitarismo, retoma la postura humeana respecto a los sentimientos, pasiones y emociones como origen de las decisiones en los actos humanos. Asimismo, recupera el sentido de la doctrina filosófica de Helvétius que dice: “La mayor felicidad posible para el mayor número de hombres”.⁶⁵

Bocardo Crespo, en una nota sobre *Un fragmento sobre el gobierno*, comenta acerca de la influencia de Helvétius en el pensamiento de Bentham:

Bentham extrajo, en esencia, de la obra de Helvétius dos nociones que después desarrollaría en obras posteriores, primero la idea, que el propio Helvétius expone en el cap. vi titulado <<Sobre los medios de asegurar la

⁶³ Cfr., *ibid.*, pp. 94-104.

⁶⁴ Cfr., *ibid.*, p. 105.

⁶⁵ Cfr., Introducción al texto de Jeremías Bentham, *Fragmento sobre el gobierno civil*, Madrid, Sarpe, 1985.

virtud>>> del primer ensayo de *De'l Esprit*, de que es en <<la utilidad sobre las que se fundan todas las virtudes humanas, y la base de todas las legislaciones>>; y la segunda, que era necesario contar con una legislación que, asentada en el principio de utilidad, ayudara a los hombres a perseguir su propia utilidad, que por lo demás lo entiende como interés personal, <<todo aquello que nos procura placer, o nos evita el dolor.⁶⁶

Bentham considera que, en su siglo, lleno de descubrimientos y adelantos científicos, fue necesario pensar una reforma moral, diferente a la visión clásica que se ha tenido de ésta, esto con el fin de dar bases sólidas al desarrollo de un pueblo o nación. Esta reforma debe basarse en un axioma fundamental: “*es la máxima felicidad del mayor número lo que es la medida de lo bueno y de lo malo*”.⁶⁷

El concepto de interés o *tendencia* sirve de base al desarrollo de la filosofía utilitarista de Bentham, de ahí deriva el sentido de utilidad como algo deseable:

Ahora bien, con respecto a las acciones en general, no existe propiedad en ellas que se calcule tan inmediatamente de encajar, y tan firmemente fije la atención de un observador, como la *tendencia* que aquéllas pueden tener a, o la divergencia (si pudiera hablarse así) hacia lo que se puede llamar el bien común en todas ellas. El fin al que me refiero es la *Felicidad*: y esta *tendencia* en cualquier acto es lo que llamamos su *utilidad*: como esta *divergencia* es a lo que le damos el nombre

⁶⁶ Enrique Bocardo Crespo, nota a pie de página, en Jeremy Bentham, *Un fragmento sobre el gobierno*, Madrid, Tecnos, 2010, p. 266.

⁶⁷ Jeremy Bentham, *Un fragmento sobre el gobierno*, Madrid, Tecnos, 2010, p. 4.

de *desgracia*. Con respecto, pues, a tales acciones en particular que están entre los objetos del Derecho, señalarle a un hombre su utilidad o su desgracia, es la única manera de hacerle ver claramente aquella propiedad de ellas que todo hombre está en su búsqueda; la única manera, en suma, de darle satisfacción.⁶⁸

La utilidad es la medida de las leyes, de la ley que el derecho promulga. La naturaleza de ésta debe basarse en el daño o beneficio, en el dolor o placer que pueda traer para la mayoría. Generalmente las leyes son de carácter prohibitivo, dice Bentham, pero eso debe trascenderse. La conducta no puede ser regulada simplemente por prescripciones prohibitivas, por una razón técnica. Su naturaleza está en procurar el interés de la mayoría. “Que esta ventaja la puede poseer un ordenamiento *natural* no es difícil de concebir. Las instituciones estarían caracterizadas por él por la única manera universal en que pueden ser caracterizados; por la naturaleza de los varios *modos de conducta* que, prohibiéndolos, constituirán ofensas”.⁶⁹

El deber tiene que ser adecuado al interés del individuo, nadie querrá hacer aquello que no le interesa o conviene. En ese sentido, el interés del individuo está sobre el deber y tiene un sentido de utilidad o beneficio para todos los seres humanos. El interés individual, entendido en sentido originario, conlleva el interés de todos; sino no es el de todos, no es un beneficio para el individuo, sino, más bien, una confusión que le traerá el perjuicio: “un acto inmoral es un cálculo falso de interés personal”.⁷⁰

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 37-38.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 39.

⁷⁰ Jeremy Bentham, *Deontología o ciencia de la moral*, Librería de Mallen y sobrinos, Valencia, 1836, p. 11.

La naturaleza moral del ser humano está en el sentimiento y las pasiones; de ahí la importancia de procurar el mayor placer a fin de conseguir la felicidad. Guisán refiere en ese sentido que: “La sutileza de Bentham es grande al poner de manifiesto que el bienestar de los individuos depende de una serie de liberaciones previas, que comienza por emancipación respecto a la servidumbre a las palabras, a los grandes y vacíos conceptos, a los dogmas, mitos, etc., todos ellos causa de las mayores miserias humanas”.⁷¹

Desde esta perspectiva, el género humano determinado por una ética paradigmática de corte abstracto y prohibitivo, ética clásica, ha marginado el carácter propio originario de los sentimientos en las cuestiones de decisión en las acciones humanas. La ley universal que pretende dogmatizar la conducta humana se convierte así en un principio de infelicidad y alejamiento de lo humano propiamente dicho, es decir del cuerpo que siente, tiene pasiones y emociones, que sufre y se alegra.

El utilitarismo de Bentham no se refiere a un interés personal o individual, alejado de la relación de beneficio o daño hacia el otro y los otros. No es una utilidad instrumental racional que sirve de medio para fines particulares, sino más bien un interés personal en el cual sólo cabe la posibilidad de su realización en el grupo. En ese sentido, es una cuestión del sentimiento hacia lo agradable que conduce al bienestar del grupo, evitando el malestar que pueda causarse al grupo, y por lo tanto, a sí mismo.

Guisán sostiene que: “En apariencia, el credo benthamita es muy simple: maximizar la felicidad general, procurar que los placeres sean disfrutados por to-

⁷¹ Esperanza Guisán, *op. cit.*, p. 150.

dos si es posible, si no por el mayor número factible, y que dichos placeres, sean lo más gratificantes que se pueda lograr, es decir, que no conlleven dolores, que sean duraderos y fecundos, que no se agoten en el momento de su disfrute o en sí mismos”⁷².

Esta postura en la cual se recupera el carácter de los sentidos como origen de la moral, llevó a Bentham a considerar la relación del ser humano con otros modos de vida, como es el caso de los animales. El carácter de seres sintientes, que buscan el placer y evitan el dolor, es una propiedad tanto de seres humanos como de los animales, que permite establecer una estrecha relación de convivencia natural. Sólo a partir de una explicación de los sentimientos, del sentir de ambos, es posible que el ser humano se acerque al modo propio de vida de los animales. La cuestión racional parece tener sólo cabida en lo humano, pero ésta lo aleja colocándolo en una situación de extrañamiento de sí mismo frente a la naturaleza. Es el sentimiento lo que une, es la razón lo que lo separa del sentido originario de su íntima relación con la naturaleza y de los animales.

La influencia más significativa de la propuesta de Bentham en el siglo XX, es el análisis que hace Peter Singer a la cuestión sobre la ética respecto a los animales. Durante mucho tiempo se ha hecho referencia hacia los derechos de los animales, sin embargo, Singer considera que más que derechos es el cambio de actitud que se puede tener hacia éstos.⁷³ En ese sentido habla de *liberación animal*.

⁷² *Ibid.*, p. 151.

⁷³ *Cfr.*, Peter Singer, *Liberación animal*, Madrid, Trotta, 1999, p. 44.

Por liberación animal entiende Singer que todos los animales poseen una cierta igualdad con los seres humanos, y que no son éstos la única especie ni la dominante dentro del conjunto de seres vivientes. Los animales son considerados así seres no humanos, a diferencia de la especie humana, pero de ninguna manera se otorga una supremacía de esta última especie sobre la animal. De esa forma considera que el principio de igualdad entre los seres debe ser entendido de la siguiente manera: “El principio básico de la igualdad no exige un *tratamiento* igual o idéntico sino una misma consideración. Consideración de la misma manera a seres diferentes puede llevar a diferentes tratamientos y derechos”.⁷⁴

Así como en los seres humanos se habló desde hace años de una igualdad, es posible también, dice Singer, extenderla hacia otros seres como los animales. La consideración de igualdad, propuesta por Singer, parte de la tesis de Bentham según la cual éstos también son seres sintientes, porque padecen dolor y placer. De esa forma, en los animales se hace posible el interés por sentir placer y evitar el dolor. La capacidad de sentir, sufrir y gozar implica el interés de un ser vivo, en este caso los animales, por ser capaces de sentir están propensos al dolor y placer, y por ende al sufrimiento y la felicidad. “La capacidad de sufrir y gozar no sólo es necesaria sino también suficiente para que pueda decir que un ser tiene interés, aunque sea mínimo, en no sufrir”.⁷⁵

Por consiguiente, del hecho que un ser sufra se desprende una condición moral o ética para evitar su sufrimiento. Desde esta perspectiva, lo que caracteriza

⁷⁴ *Ibid.*, p. 38.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 44.

a los animales al igual que al ser humano es su capacidad de sensibilidad. Singer entiende que la sensibilidad es una capacidad de sufrir y/o disfrutar.⁷⁶ Los animales por sentir dolor están propensos a sufrir y sentir miedo. La expresión del dolor en los animales no se manifiesta a través de un lenguaje tan sistematizado como el humano; sino en el mismo lenguaje en que el ser humano de manera instintiva lo manifiesta: en el llanto, el quejido, en el movimiento en reacciones musculares o en la defensa ante la proximidad de éste. “El dolor y el sufrimiento son modos en sí mismos y deben evitarse o minimizarse, al margen de la raza, el sexo o la especie del ser que sufre. El dolor se mide por su intensidad y duración y los dolores de una misma intensidad y duración son tan nocivos para los humanos como para los animales”.⁷⁷

Bajo tal perspectiva, el sentimiento de placer y dolor, que se coloca en la base de las posturas morales del utilitarismo y el empirismo, abren nuevas visiones en torno al campo de la ética, la cual desde este horizonte deja de ser un parámetro simplemente especista, para convertirse en un modo abierto a todo ser sintiente.

REFLEXIÓN

La conclusión que se deriva del análisis de este apartado se enfoca a pensar en una consideración de igualdad entre los seres humanos y los animales. El hecho de ser sintientes, ambas especies, es el común que permite afirmar la idea, según la cual, en estas dos formas de ser, los sentimientos son el origen del modo propio de ser o *Ethos*.

⁷⁶ Cfr., *idem*.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 53.

Esto quiere decir que la capacidad de razonar, por muy exclusiva que pudiera ser de los humanos, no es ninguna consideración de soberanía y poder de una especie sobre otra. En realidad no podemos saber cuál es el tipo de razonamiento, si así se le quisiera llamar, que es empleado por algunos animales. Lo cierto es que, más allá de esta consideración, se encuentra algo que se comparte: la posibilidad de sentir: dolor, alegría, amistad, tristeza, y otras capacidades físicas que se derivan de la percepción sensible del cuerpo.

De esa forma, el sentir del cuerpo, vinculado con la acción mental, psicomotora o nerviosa, es la fuente de la que surgen una serie de reacciones frente a las cuales experimentamos y construimos el fenómeno de la experiencia vital. Por consiguiente, la vida, entendida desde esta perspectiva, es pensada ahora como una forma de asumir el mundo, convertida en sentimientos, pasiones y emociones, los cuales conllevan un modo de ser frente a la realidad que nos circunda y es construida desde el enfoque de un cuerpo que siente.

BIBLIOGRAFÍA

- Bentham, Jeremy, *Un fragmento sobre el gobierno*, Madrid, Tecnos, 2010.
- Bentham, Jeremías, *Fragmento sobre el gobierno*, Madrid, Sarpe, 1985.
- Bentham, Jeremy, *Deontología o ciencia de la moral*, Valencia, Librería de Mallen y sobrinos, 1836.
- Descartes, René, *Meditaciones metafísicas*, Madrid, Gredos, 2011.
- Descartes, René, *Las pasiones del alma*, Madrid, Gredos, 2011.

- Epicuro, “Carta a Meneceo”, en *Obras completas*, Barcelona, Ediciones Cátedra, 2003, pp. 141-150.
- Giannina Burlando, “Meditaciones morales de Descartes: pasión y autoconservación de la vida”, *Veritas. Revista de Filosofía y Teología*, Pontificio Seminario Mayor San Rafael de Valparaiso (Chile), núm. 25, septiembre de 2011, pp. 75-153.
- Guisán, Esperanza, *Introducción a la ética*, Madrid, Cátedra, 2010.
- Hume, David, *Investigación sobre los principios de la moral*, Madrid, Alianza, 2006.
- Hume, David, “Una disertación sobre las pasiones”, en *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales*, Barcelona, Anthropos, 2004, pp. 73-153.
- Hume, David, “El escéptico”, en *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales*, Barcelona, Anthropos, 2004, pp. 225-227.
- Hume, David, *Investigación sobre el entendimiento humano*, Madrid, ISTMO, 2004.
- Hume, David, *Tratado de la naturaleza humana*, Madrid, Tecnos, 1998.
- Rawls, John, *Lecciones sobre la historia de la filosofía moral*, Barcelona, Paidós, 2001.
- Singer Peter, *Liberación animal*, Madrid, Trotta, 1999.
- Smith, Adam, *La teoría de los sentimientos morales*, Madrid, Alianza, 2013.